

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

VI

Capítulo 179: ¡Loli de armas gemelas!

Aunque su amo dijo que Rebecca era confiable, León no bajó realmente la guardia.

No era que no confiara en su amo, pero el traidor que lo había apuñalado por la espalda años atrás estaba entre los tres, lo que le dificultaba sentirse tranquilo.

Estar más alerta nunca es un error.

Con gafas de sol puestas, León recorrió varios callejones y callejones oscuros, dando varias vueltas antes de llegar a un apartamento independiente. Era la casa de Rebecca.

¿Por qué León estaba tan seguro de que no se había mudado en los últimos tres años?

Se giró para mirar un rincón del patio. Allí estaba un cañón exageradamente grande. Ninguna persona normal tendría un cañón alimentado por magia del elemento fuego en su patio, ¿verdad?

León apartó la mirada del cañón y rodeó el apartamento. No había nadie dentro.

—Debería estar en una misión a esta hora —murmuró mientras se acercaba a la puerta trasera del apartamento.

Intentó girar la cerradura de la puerta.

Hacer clic-

La puerta se abrió lentamente hacia dentro.

León se quedó un poco desconcertado. «Esta loca sigue tan descuidada como siempre. ¿Y si entra un ladrón?»



Pero entonces pensó: ¿quién se atrevería a robar la casa de un artillero de primera línea del Cuerpo de Cazadores de Dragones? Seguramente anhela la muerte.

León entró por la puerta trasera y entró en la sala. El lugar estaba un poco desordenado.

Peluches y ropa estaban esparcidos desordenadamente por el sofá. Si Rosvitha viera esto, quizá ni se molestara en recoger y, en su lugar, desataría una Llama de Dragón, facilitando las cosas para todos.

Silbido-

¿Por qué pensaba en esa mujer dragón? Era comprensible que la extrañara, pero ¿solo habían pasado unas horas desde que se separaron y ya la extrañaba? ¿No era demasiado ansioso?



León sacudió la cabeza, alejando los pensamientos caóticos, y continuó observando la casa de Rebecca.

Sobre la mesa de centro había un montón de piezas de pistola desmontadas, con un munición de entrenamiento al lado.

Rebecca era una charlatana, siempre parloteando, así que cuando estaba sola, necesitaba algo para disipar su soledad más que nadie. Así, desarrolló una afición única: el ensamblaje de armas.

Desarmaba una pistola completa, la volvía a armar, la volvía a desarmar y la volvía a armar. El proceso era bastante aburrido y tedioso, pero podía entretenerse tranquilamente con él durante toda una tarde.

Como artillero, comprender los principios de montaje de las armas de fuego era realmente importante.

León se sentó en el sofá y recogió las piezas de la mesa de centro, intentando ensamblarlas. Rebecca ya le había enseñado a armar un arma. Aunque no tenía su velocidad ni su habilidad, su extraordinaria memoria le permitió hacerlo.

Era una pistola clásica de corto alcance, pequeña y potente, preferida por muchas artilleras, excepto por Rebecca. Ella prefería las grandes y llamativas, de esas que producían un ruido atronador audible a kilómetros de distancia al disparar.

“Así que esta especie de pistola pequeña era solo un juguete que usaba para pasar el tiempo”.

León se puso de pie, miró alrededor de la habitación y su mente se agitó con una idea.

...

Dos colas de caballo se balanceaban detrás de la cabeza de la niña mientras caminaba con ligereza.

Originalmente poseía una figura lolita, y vestía un atuendo moderno y sofisticado: un chaleco negro corto, una camiseta blanca sin mangas debajo y unos pantalones cortos. A pesar de su baja estatura, sus piernas estaban perfectamente proporcionadas, con la cantidad justa de volumen.



Llevaba en sus brazos una gran bolsa de compras llena de diversos bocadillos y frutas.

“Buenas tardes, Rebeca”, saludó la vecina.

La chica de las dos coletas se detuvo y respondió con cariño: «¡Buenas tardes, señora Harry! Parece más joven que ayer. ¿Usó algún hechizo mágico? ¿Puede enseñarme?»

La señora Harry estaba encantada con los cumplidos de la niña, agitando las manos: "No, no, es sólo una buena actitud".

Ah, ya veo, qué bien. Por cierto, señora Harry, la última vez que me pidió ayuda con el control de plagas fue hace dos meses. ¿Han vuelto a multiplicarse los bichos últimamente? ¿Necesita mi ayuda?

La sonrisa de la señora Harry se congeló al recordar la aterradora escena de Rebecca empuñando dos metralletas y rociando su jardín indiscriminadamente hace dos meses...

¡Solo pensarlo me daba miedo!

—No, no, está bien, Rebecca. Puedes seguir con tus asuntos.

—Está bien, señora Harry, ¡aviseme si necesita algo!

La señora Harry hizo un gesto con la mano y Rebecca continuó caminando hacia casa con pasos ligeros y rápidos.

Cuando llegó a la puerta, levantó su pierna bien formada y llena de carne para apoyar la bolsa de compras y liberar una mano para sacar las llaves de su bolsillo.

Pero con el rabillo del ojo, sin querer, vio algo en la sala de estar a través de la ventana cercana. ¿Era una figura?

Rebecca frunció el ceño. "¿Un ladrón?"

La mayoría de la gente entraría en pánico al encontrar a un ladrón en su casa, y tras el pánico inicial, llamarían inmediatamente a la patrulla de seguridad o gritarían pidiendo ayuda. Pero Rebecca no era como la mayoría de la gente. No solo no entró en pánico, sino que incluso estaba un poco emocionada.

Un pequeño ladrón de pelo rubio. En este vasto imperio, podrías haber elegido cualquier otra casa para robar, pero ¿tuviste que elegirme a mí mismo?

Momento perfecto. Hacía tiempo que no veía acción desde que la asignaron a patrullar, y hoy usaría a esta pequeña ladrona para practicar.

Rebecca dejó con cuidado su bolsa de la compra y levantó la esquina de la alfombra de la entrada. Con una mano, presionó con fuerza el panel de madera bajo la alfombra, abriéndolo y revelando un compartimento oculto que contenía una delicada pistola.

Como era una excelente artillera, incluso podía esconder dos armas en la cisterna del baño, así que esconder una debajo de la alfombra era normal, ¿verdad?



Tomando el arma, Rebecca abrió la puerta lentamente, con paso ligero, y entró con cautela en la habitación. Se pegó al borde de la puerta de entrada, asomándose para observar al ladrón de pelo negro que seguía en la sala.

Ah, no era rubio, sino negro. Y tampoco era tan pequeño; medía al menos 180 cm. Normalmente, podría patear fácilmente a Rebecca, que medía 158 cm, lejos.

El ladrón de pelo negro le daba la espalda a Rebecca, así que no podía verle la cara. Pero no importaba. Ya fuera rubio o negro, un ladrón de poca monta o uno importante, el arma que tenía en la mano no era ninguna broma.

El ladrón permaneció completamente inconsciente de que Rebecca lo observaba en silencio desde atrás mientras él continuaba buscando con atención.



Aprovechando la oportunidad, Rebecca avanzó en silencio, un paso a la vez, desde atrás.

El movimiento sigiloso era una habilidad imprescindible para un artillero.

Hasta que Rebecca llegó detrás del ladrón, él todavía no había notado nada.

Hacer clic-

El cañón oscuro de la pistola estaba presionado contra la cintura del ladrón; ella no apuntó a su cabeza porque Rebecca era demasiado baja y tenía que pararse de puntillas para alcanzar su cintura.

El ladrón, siendo sensato, inmediatamente levantó las manos y se rindió a la velocidad del rayo.

Vaya, qué experiencia tiene, señor ladrón. Parece que le han apuntado con una pistola por la espalda más de una vez, ¿eh? —dijo Rebecca con suficiencia—. A plena luz del día, colándote en la casa de una joven y rebuscando entre las cajas de comida para llevar, tus aficiones son un poco raras.

El señor ladrón permaneció en silencio.

—Hmph, tiene derecho a guardar silencio, señor ladrón, ¡pero todo lo que diga servirá de prueba! —continuó Rebecca, quien seguía en silencio.

Lo más molesto para un parlanchín es este tipo de situaciones.

Ella siguió balbuceando, pero la otra parte permaneció en silencio como un mudo.

Rebecca frunció el ceño con desagrado y volvió a presionar el cañón de su arma contra la espalda del ladrón. "¿Te estás haciendo el mudo? ¡Lo creas o no, te dispararé y te paralizaré la parte inferior del cuerpo!"

Era solo una amenaza. El ladrón era un ladrón, pero su crimen no ameritaba semejante castigo, y el imperio no era lugar para matones sin ley.



**Esta vez, sin embargo, el ladrón finalmente respondió:
"Apuesto a que tu pistola... ¡no tiene balas!"**

Traducido por:

ᑕᐱᑯᑦ – RexScan